

PICNOLEPSIA DE JULIO FERNÁNDEZ PELÁEZ

Primer lugar en el concurso literario internacional “Angel Ganivet” 2011

La picnolesia está definida médicamente como un síndrome epiléptico benigno, relacionado con la edad. Se le llama también “pequeño mal” o “ausencias infantiles”. ¿Quién no ha experimentado cuando niño esas “ausencias” de tiempo y espacio, sobre todo al estar ensimismados en nuestro juego? De pronto nos dábamos cuenta de que había pasado muchas cosas mientras nos encontrábamos en nuestro “mundo”. Si eso le sucede a un niño muy a menudo durante el día, se habla de picnolesia.

Paul Virilio, urbanista y ensayista francés, retoma el concepto para denominar un fenómeno contemporáneo mucho más aterrador que las inocentes ausencias infantiles.

En su libro “Velocidad y política”, el plantea la teoría de la “dromología”: teoría de la velocidad y cómo ella define nuestra sociedad. Está muy claro que la historia parece avanzar a pasos acelerados, especialmente si la comparamos con siglos anteriores. A esto se unen también los rapidísimos avances tecnológicos que influyen en nosotros y nos afectan hasta el punto de hacernos ver un nuevo concepto de tiempo, de comunicación, de relaciones personales e inclusive de realidad. ¿Quién vive ahora sin estar conectado por lo menos a más de una red social?

Vivimos -como dice Virilio- en una “dromósfera”, un mundo en donde la velocidad reina. Para él entonces, el resultado de vivir en ella, es que la humanidad va camino a la picnolesia: ante la velocidad (de la información, de los avances tecnológicos, etc.) que caracteriza nuestra sociedad – nuestra dromósfera-, sufrimos de una desorientación espacial y temporal y nos “ausentamos” por pequeños lapsos de tiempo. Pero paradójicamente, no somos conscientes de esas ausencias pues – como lo explica Virilio en su libro “estética de la desaparición” - nos “inventamos” una presencia durante esas ausencias que reemplaza la verdadera “realidad” y tenemos la impresión de estar centrados en la sociedad, cuando en realidad estamos centrados en nosotros mismos, pues por ejemplo cuando “hablamos” con nuestros amigos virtuales, estamos simplemente sentados solos ante la pantalla de la computadora. ¿Vivimos realmente lo que vivimos en nuestras actualizaciones de facebook? o mucho más simple: ¿vemos realmente lo que vemos?, ¿experimentamos realmente lo que experimentamos?

Ese parece ser el gran dilema de Antonio Pires, el personaje de esta historia. Desde el principio se confiesa consciente de su picnolesia, pues dice salir de su ciudad “sin darse cuenta” y camina si parar, “casi autómeta, hasta perder la consciencia”, llevado por la vorágine de la velocidad, dominado por una radio que lo acompaña constantemente, símbolo de los avances tecnológicos, aunque para la juventud una radio sea ya parte de la historia. Y es que Antonio es un hombre mayor, al que le cuesta – como a muchos- adaptarse a esta realidad cambiante, en constante movimiento. Una sensación de mundo sin consistencia lo embarga, una sensación de no pertenencia.

Sin familia, ya jubilado, solo esa radio parece ser su conexión con el mundo, esa radio cuya noticia no comprende del todo y que sin embargo está convencido, conlleva un mensaje en clave, solo para él. Para Antonio la radio es para lo que para otros la computadora constantemente conectada o el teléfono celular: un instrumento mecánico que parece llenar el vacío de nuestra soledad, y que sin embargo – como a Antonio- nos causa un malestar mayor, pues nunca logrará reemplazar el contacto humano. Y es por eso que nunca llegamos a comprender por entero el mensaje o la utilidad del aparato en cuestión y paradójicamente nos negamos a desprendernos de ellos, pensando que nos vamos a perder algo

importante, sólo para nosotros. Como Antonio, nos preguntamos si somos realmente nosotros los que necesitamos esos “instrumentos” (en este caso la radio) o son más bien ellos los que “necesitan” de nosotros. ¿Realmente la emisora dejaría de existir si Antonio apaga la radio? ¿Realmente se nos complica la vida hasta casi no poder “sobrevivir” si olvidamos el móvil en casa?

El autor nos lleva utilizando diversas estrategias, hacia ese mundo “picnoléptico”, no solo de Antonio, sino también nuestro.

El cuento está escrito en tercera persona, pero por momentos, sin preámbulos, sin rayas de diálogo u otra convención literaria que nos permita anticiparlo, los pensamientos de Antonio se entremezclan. Esta polifonía nos hace entrar a las otras “picnolepsias”: la del narrador, que parece “ausentarse” por momentos, casi sin darse cuenta, para dejar entrar la voz de Antonio; la nuestra, que nos desorientamos brevemente hasta poder definir quién es el que habla. Nuestra desorientación es también espacial, porque la ciudad por la cual camina Antonio no es la suya pero resulta familiar y al mismo tiempo anónima: como Antonio, en la historia nunca estamos seguros de dónde nos encontramos, solo avanzamos sin parar hasta el punto final.

El lenguaje utilizado es simple, familiar y sin embargo nos hace sentir incómodos. Quizá porque la familiaridad de las palabras y de los eventos narrados nos hace identificarnos con lo que vive el personaje: son eventos cotidianos, repetidos miles de veces durante nuestras vidas, descritos con palabras cotidianas, podrían ocurrirnos a cualquiera de nosotros: encontrarse en una calle que no conocemos, pensar en el pasado, olvidar cerrar la puerta de la casa, detener el paso para volverse a atar el zapato, etc. La sensación de no pertenencia, de malestar que experimenta el personaje nos resulta así aterradoramente familiar. Y porque los eventos cotidianos son repetidos cotidianamente, el texto nos lleva también hacia un mundo cíclico, en donde todo se repite constantemente, envolviéndonos aún más en la vorágine de la velocidad de la sociedad contemporánea.

Así pues el autor utiliza una estructura muy apreciada por los autores de lo real maravilloso: la estructura cíclica, que nos hace dar un salto hacia lo fantástico, terminando la historia igual o de manera similar a como comenzó. Sin embargo la picnolepsia del personaje principal le da una vuelta de tuerca particular a esta estructura cíclica: si por ejemplo en “continuidad en los parques” de Julio Cortázar, está claro que la fantasía (el libro leído por el personaje) se une con la realidad (la supuesta muerte del lector tal y cual es narrada en el libro que lee), en el caso de “picnolepsia” la realidad y la fantasía son al parecer solo una pues el personaje sale de ella y regresa a ella: en la ciudad a donde llega Antonio toma posesión del apartamento de otra persona, un hombre que olvidó su puerta abierta, concentrado en escuchar su radio ¿O no es así?

La desorientación en la que nos sumerge este cuento, no termina allí: Clasificarlo no es cosa fácil pues nos “engaña”. ¿Se trata de literatura fantástica? Sin embargo nada de lo que ocurre es realmente fuera de lo común. El ambiente del cuento es más bien de una desagradable familiaridad, que nos hace sentir fuera de la realidad, estando en ella.

Literatura fantástica sin que en realidad suceda algo fantástico, este cuento es un buen ejemplo de una “obra abierta” como la define Umberto Eco. Lectura al parecer fácil y sin embargo exigente hacia el lector, que se ve obligado a participar activamente de ella, para sacar sus propias conclusiones y no seguir desorientado: o bien Antonio solo es víctima de la picnolepsia y se imagina todo (y es una historia realista) o realmente los eventos cotidianos pero irreales, suceden en verdad y estamos frente a una obra

de literatura fantástica. Obra abierta hasta el final, en que Antonio escucha en una radio (¿su radio?), al igual que ha escuchado durante todo el día, una noticia sobre las abejas. ¿De qué huyen las abejas? Se pregunta Antonio. Quizá huyeron hacia Laponia, escapando de la velocidad, refugiándose en un lugar en el que el tiempo parece detenerse en los largos meses de oscuridad... o quizá fueron también víctimas de la picnolepsia y en su desorientación hicieron un panal en Laponia, lo que significará su muerte segura. El lector debe decidir

Pero como en toda obra abierta, buscar categorías, entender finales es lo menos importante, lo que importa es disfrutar de la obra, sobre todo cuando esta está bien escrita y tiene una trama captivante.

©Tanya Tynjälä

Bibliografía:

Cortazar, Julio: Final del juego. Anaya-Mario Muchnik, 1995

Eco, Umberto: L'œuvre ouverte. Editions du Seuil, 1965

Virilio, Paul: Vitesse et Politique : essai de dromologie. Galilée, 1977

Esthétique de la disparition : essai sur le cinématisme. Balland, 1980.